

El permiso

Hoy me he levantado muy tarde, hasta que esa claridad de cuchillo que provocan los rayos del sol en los días nublados me ha sacado de la cama. En realidad, no he dormido nada, atestiguando la gama completa del cielo. Hasta hace no mucho me hubiera parecido algo hermoso.

Llevo una semana de cansancio acumulado, soy incapaz de abandonar el estado de alerta que oprime mis nervios, pero lo prefiero así. Si hoy me he levantado tarde ha sido por la esperanza, sin duda pueril, de que robarle un par de horas al tiempo decantaría la balanza a mi favor. Hoy él disfrutará de su primer permiso.

Recuerdo esa carta con la misma luz hiriente que ahora me penetra. Recuerdo que me enfadé muchísimo, grité para camuflar mi miedo, rompí la carta en pedazos, me arrepentí y la recompuse con celo.

Llegué a comisaría con las manos lívidas y el pulso tembloroso, pero la voluntad firme, blandiendo la carta como la bandera de Pineda. ¿Cómo era posible? ¿Quién lo había permitido? ¿Acaso no había control en las cárceles? ¿Es que mi caso, mi sentencia, mi cuerpo, no hablaban por sí solos? La entendemos, señora, dijeron, lamentamos este mal rato, dijeron. No sabemos por qué esta carta ha pasado el filtro, nos comunicaremos con los responsables, no volverá a ocurrir. Desde entonces el tiempo ha transcurrido como una condena. Hasta hoy.

Me juré muchas veces que no saldría, que permanecería encerrada en casa hasta su reingreso, pero no he podido. Necesitaba recorrer el barrio, respirar el aire viciado por la sequía, sentir el sol sin protección, sentirme viva.

Me gusta pasear con los ojos extraviados, fingir que mi mente está donde no está.

De pequeña disfrutaba imaginando lo que los demás pensarían de mí, me causaba placer fantasear con que aquel anciano, aquella madre, aquel niño se esforzaba por leer el pensamiento de una sonámbula. Ahora es distinto, con mi extravío quiero ocupar otros cuerpos, experimentar otras realidades, siempre mejores. Ya no me importa lo que la gente piense de mí. Eso no cambia nada.

Después del último ataque, contrario a lo que los informes médicos vaticinaron, mi oído se ha afinado. Cuando cierro los ojos y dejo resbalar mi conciencia soy capaz de escuchar el tráfico a calles de distancia, percibo conversaciones que zumban tras los edificios que me rodean, siento los movimientos de los gorriones sobre las ramas de los árboles. Si tuviera que elegir entre el oído y la vista, no lo dudaría; el oído previene, la vista solo evoca.

Me he convertido en una adicta al color rojo. Ya van quince coches rojos hoy. He leído las matrículas de los que estaban aparcados, como quien busca eludir el mal de ojo. Ninguna contenía ni una letra de su nombre. Parece que, esta vez, ganaré yo.

Entro en el parque donde tuvimos nuestra primera cita. El rojo me invade: amapolas, verbenas, geranios. En su carta escribió que arrancaría esas flores cuando me visitara en el cementerio. Me desorienta: ¿no fue ayer cuando me tumbé sobre esta misma hierba con él? Su peso sobre mí, caliente, en ebullición. Siempre al límite.

Mi teléfono vibra en el bolsillo trasero del pantalón. No es la primera vez en lo que va de día, pero ahora contesto. Es mi madre, está histérica, me disculpa y le digo que no he salido, que sé que tiene miedo, que la quiero. Intento llorar para ablandarla y no me cuesta ningún esfuerzo. Paso el resto de la mañana tumbada en el parque, dejando correr las lágrimas, extraviándome sin llegar a ningún sitio. Hago un ramo enorme y procedo a destrozar los pétalos. Sigo viva y nadie me mira.

Las flores me dan hambre, así que decido que comeré en un bar. Cuando vuelva a mi casa, él estará en la ciudad. Remuevo la sopa del menú con una mano que no es la mía. La mesa de formica, el banco acolchado, la cuchara de acero, todo parece hecho de humo. Lo único que me consuela es la cristalera, algo vieja, algo sucia, que me separa de la calle.

Por fin llueve, entonces me animo a regresar. Voy con la cabeza gacha, atenta a los surcos que van oscureciendo los adoquines, cada vez más grandes. Ya en mi portal siento que me falta el aire, me pitan los oídos y me agacho. Grito en silencio y nadie me descubre. Abro mi buzón: vacío. El ascensor me deja en la tercera planta, rompiendo mi deseo de quedarme encerrada en él hasta que todo pase. Cierro la puerta con llave, echo el cerrojo dos veces y me tumbo, esta vez sobre mi cama deshecha.

No aguanto mucho tiempo sin hacer nada y llamo a mi madre para que me cuente sus cosas y me distraiga, pero es inútil. Dice que quiere venir a casa conmigo ¡Ni se te ocurra, mamá! ¡Ni lo pienses! Cuelgo y lanzo el móvil como una energúmena, ignoro las llamadas siguientes, las sábanas se me pegan al cuerpo como una mortaja húmeda, asfixiante.

No parece que haya llovido, no hay frescura en el aire. Me llega un mensaje al contestador del teléfono fijo y lo escucho; mi madre amenaza con llamar a la policía si no contesto, y como no me apetece ver a la policía la llamo, me disculpo y prometo volver a llamarla mañana a primera hora. Todo está en silencio, oscuro, las paredes rezuman los olores de inquilinos anteriores y las cortinas amarillas se mueven lentamente, casi ni se mueven, se burlan de mí.

El agotamiento consigue imponerse unas cuatro horas. Malgasto las que quedan hasta el amanecer viendo la programación psicodélica que las cadenas de televisión reservan a los insomnes.

Antes de que recuerde llamar a mi madre, golpean la puerta. Permanezco inmóvil. El inconfundible "¡Policía!" me activa como un resorte. Hay dos agentes frente a mí, sus expresiones tan vacías como mi buzón. No conocen su paradero desde esta madrugada; al parecer, encontró una manera de desactivar la pulsera telemática. Han peinado la zona, sin resultados. Me recomiendan no salir salvo lo imprescindible, y llamar a comisaría ante cualquier sospecha. Aparecerá, dice uno de los agentes, tarde o temprano siempre aparecen, y un impulso de zarandearlo, de insultarle a él y a su placa me invade por un instante, solo uno, pero ya se han ido y yo todavía no reacciono.

Al fin consigo llamar a mi madre. Todo va bien, mamá. Amparo vendrá a hacerme compañía más tarde. Sí, creo que sus padres están bien. Yo también te quiero. Adiós. Después de colgar me aíso, recuerdo. Mi primer tatuaje me lo hice con él, no fuimos originales: nuestras iniciales entrelazadas en tinta negra. No me dejó pagar, es un regalo, y aquella noche no separamos nuestros cuerpos hasta que se fue a trabajar, a la mañana siguiente.

Tiene una hija, es pequeña, o al menos lo era cuando la conocí. Se parecía un poco a él, pero no demasiado; la sonrisa, los ojos, incluso el carácter, todo le venía de su madre. Una buena niña. Él no la veía mucho, tenía las visitas restringidas. Se desahogaba conmigo sobre la arpía de su ex, me decía que yo era distinta, sexy, que me deseaba a cada momento y nunca tendría suficiente de mí.

Recuerdo también los cigarrillos compartidos en la puerta de mi empresa, sus manos rojas apretando mis caderas, diciéndome barbaridades al oído, me recuerdo riendo. Siempre aparecía en mis descansos. Una vez lo regañé, me preocupé por su propio trabajo, ¿no te dicen nada en el taller? El color rojo se extendió por todo su cuerpo, me gritó a escasos metros de la recepción, ¿qué hacía yo en mis descansos que él no pudiera ver? Desagradecida. Puta. Sus manos de mis caderas a mi cuello.

La recepcionista llamó a la policía, mis compañeros lo redujeron mientras yo extraviaba los ojos. Fui a verle a comisaría horas después, cuando logré desembarazarme de todos diciéndole que había sido un accidente, su madre acababa de morir, estaba inestable, él no era así.

El agente de turno me preguntó si quería presentar una denuncia, dije que no. Le pedí verle y dijo sin problema. Se quedó vigilando mientras yo entraba al calabozo. Él se arrodilló ante mí, derramó lágrimas sobre mi falda del uniforme, me besó por encima de la tela. Perdóname, mi amor, eres lo mejor que me ha pasado, te quiero con toda mi alma, no soportaría perderte... ¡Perdóname, por favor!

Lo perdoné, y a las dos semanas se mudó a este mismo piso. ¿Por qué lo perdonaste?, preguntó mi madre. ¿Por qué lo perdonaste?, preguntó Amparo. ¿Por qué?, preguntaron todos. Pero yo no lo sabía, creía quererlo, no, le quería, le quería como la mujer quiere al hombre: con dolor.

Él fue dulce entonces, más que cuando nos conocimos. Luego, una noche, regresé más tarde del trabajo y cayó el telón. Yo ya no era sexy, ni distinta, ni querida. Era una desagradecida, una puta, y aun así no quería dejarme, me ataba a él como un fanático.

Los vecinos llamaron a la policía tantas, tantas veces, y yo siempre lo defendía, retiraba las denuncias, lo perdonaba. Siempre lo consolaba. Hasta nuestra última discusión. No la recuerdo bien, los efectos del trauma han borrado los peores momentos, pero recuerdo sus ojos rojos, la córnea roja, el iris rojo, la pupila roja. Me rebelé, le escupí, grité. No le hizo falta palo, ni cuchillo, ni pistola. Con sus manos desnudas podría haberme matado. Soñé con él en la UCI. Sobreviví.

Ha pasado una semana, la policía sigue sin tener noticias. Mi madre se presentó en mi casa aquel mismo día por la tarde, le habían avisado a ella también. Yo cedí y ahora dormimos abrazadas. Solo salgo cuando ella sale, la acompaño a hacer la compra, a hablar

con sus amigas en un banco del parque y a visitar a papá en la residencia. Él no sabe nada.

He vuelto a tener una mala noche y mi madre me ha dejado dormir. Hace sol, pero está nublado. Puede que llueva. He ido con Amparo a la oficina de Servicios Sociales, me ha convencido para hacer un curso sobre víctimas de violencia de género. No me gusta percibirme como víctima, me pongo a la defensiva, pero las horas que esté en el curso las aprovecharé mi madre para visitar a papá.

Siempre hablamos de él como si estuviera muerto, como si hiciera mucho tiempo que no lo vemos. A veces me doy cuenta, o lo hace ella, y nos enfadamos entre nosotras o con nosotras mismas. Papá no está muerto, está en la residencia, es ese hombre de la última habitación que se parece a papá pero que ya no huele como él, ni habla como él, ni vive como solía hacerlo. Hay noches en que lo agradezco.

Dos días yendo al curso y no termino de sentirme cómoda. La terapeuta dice que encuentra en mí una resistencia particular, que le cuesta bajarme a la tierra. Me he ido antes de la hora. Llamaré a Amparo y le diré que no me recoja, que he pedido un taxi y voy directa a la residencia. No me preguntará, es muy aprensiva y le cuesta hablar de mi padre.

Acabo donde siempre, me tumbo en la hierba y arranco algunas briznas. Hace calor, hay bastante gente, me animo a cerrar los ojos. Sin saber por qué, pienso en la carta; quizá sea por las flores. Releo el último párrafo en mi memoria: "te mataré cuando me den mi primer permiso, lo juro por mi vida". Le creo. Lo conozco y no hay nada que él ame más que su propia vida. Las personas no juran en vano por las cosas que aman.

Empieza a oscurecer y decido volver a casa. Cuento veinte coches rojos aparcados en el barrio y frunzo el ceño, son demasiados. Entonces veo su nuca en el reflejo de un retrovisor y mi corazón empieza a arder. Pestañeo, ya no hay nada. Sé que era su nuca, lo

sé. Ahogo un gemido y echo a correr. ¿Era él? No hay nadie en la calle, ningún vecino asomado a los balcones. ¿De verdad era él? Me esfuerzo por escuchar, me esfuerzo más que nunca. Silencio.